

en su nombre; y se publicó un edicto en que desmintió el Monarca los rumores que se habian esparcido acerca de su cautiverio, y protestó, no solo que estaba libre, sino que gozaba, en compañía de su madre, la Reina, de todas las prerogativas sagradas de su poder entre sus mejores vasallos. No mostrándose los perturbadores mas dispuestos á la sumision, se espidió un decreto terrible, que los condenaba, como rebeldes y reos de lesa Magestad, á perder la vida, á la confiscacion de bienes, y á privacion perpetua, para sí y sus hijos, de todo honor, empleo y dignidad.

41. Decidióse la guerra civil: y esta guerra, tan funesta en sí misma, adquirió un carácter particular de atrocidad de que apenas hay egemplar en las demás guerras de religion. Se trataba en ésta de las cosas mas respetables y sagradas del culto cristiano, y no solo de las reliquias y de las santas imágenes, tan veneradas de los pueblos en todos tiempos, sino del sacrificio adorable de la nueva ley, de nuestros mas formidables misterios, del cuerpo y sangre de un Dios hecho hombre, que sus adoradores sinceros veian profanados del modo mas indigno por los novadores sacrílegos. No pretendemos disculpar á todos los que peleaban por la religion de sus padres. El celo tuvo sus excesos, como tambien la impiedad. Se cometieron horrores por una y otra parte, y confesaremos que es difícil decidir si fue mas atróz la barbarie de los hugonotes ó la de los católicos. Sin embargo, se puede decir sin preocupación, y consta

por la historia, que estos excesos resultaron de haber profanado los calvinistas las reliquias y los demás objetos de la veneracion de los pueblos.

Encerrado en Orleans el Príncipe de Condé, no tardó en agotar los caudales públicos de que se habia apoderado, y se halló absolutamente sin ningun dinero. Mandó coger y llevar á la casa de la moneda los relicarios, las cruces, los cálices y todas las alhajas de oro y plata consagradas al culto de la Religion católica. Sus tenientes le imitaron por todas partes, y saquearon en poco tiempo cuantas iglesias cayeron en su poder. Pero lo que mas irritaba al clero y á todos los fieles, era que los sectarios consultaban menos en sus robos la necesidad que su ojeriza contra los verdaderos creyentes. Demolían las iglesias, hacían pedazos los altares, y los profanaban de mil modos; inutilizaban las estatuas de los Santos, quemaban las reliquias blasfemando de ellas, rasgaban los ornamentos y los destinaban por bufonada á los usos mas viles, y llegaban hasta el extremo de violar los sepulcros para romper y dispersar los huesos, en ódio de la religion que habian profesado los que estaban enterrados en ellos. En vista de estos excesos inauditos, se convirtió en furor el celo popular, y se exaltó mas y mas con los decretos del parlamento de París y de algunos otros (1). Se mandó tomar las armas, tocar á rebato, perseguir á los hugonotes, y darles muerte en cualquier parte donde se les encontrase. El género de piedad que se egercia entre ellos,

(1) *Thou. l. 32.—David, l. 3.*

solo servía de hacerlos mas odiosos, aumentando su ferocidad. Beza y los demás historiadores de la secta alaban en estos términos la disciplina que se observaba aun en los egércitos (1): No habia en ellos mugeres de mala vida, merodeadores, ni juegos de suerte. En vez de juramentos, y aun de canciones profanas, solo se oia cantar salmos; se rezaba puntualmente por mañana y tarde, y en el discurso del dia cuidaban los ministros de hablar á la tropa de cosas piadosas y egemplares." Régimen triste y forzado, que no concediendo mas desahogo que el de las conversaciones graves ó exhortaciones vehementes, inspiraba á los sectarios un celo feróz, y de cada militar formaba un fanático, para quien las crueldades y sacrilegios mas enormes se convertian en obligaciones de religion.

No es necesario buscar otra razon de las barbaridades cometidas en la ciudad de Beaugenci, donde cometieron los calvinistas cuantos excesos es capaz de producir una ferocidad contenida por mucho tiempo. Uno de sus caudillos, llamado la Noüe, dice que se portaron sus soldados como si se hubiese ofrecido un premio al que mas se distinguiese en lo malo (2). No se quedaron atrás los católicos en las represalias que ejercieron en Blois y en la aldea de Mer. No acabariamos jamás, si quisiesemos pintar, ó solo recorrer los varios teatros de aquellas maldades y horrores. En ninguna parte habia seguridad ni asilo contra la violencia, ni recurso contra la perfidia. Era un juguete

(1) *Bez. Disc. sob. el saq. de las Igl. Catol.*

(2) *La Noüe, c. 7.*

la fe de los tratados y la santidad de los juramentos, atropellándose á competencia todos los derechos divinos y humanos. Guarniciones enteras que por su valor habian conseguido una capitulacion honrosa, fueron inmediatamente despues pasadas á cuchillo, y sus capitanes espiraron en una rueda; se buscaron tormentos esquisitos para suspender la muerte y hacer que se padeciese cien veces antes de darla; fueron muertos á puñaladas los maridos en brazos de sus mugeres y de sus hijas, reducidas ya al último aliento de resultas de unas brutalidades tan crueles y mas aborrecidas que los puñales; las madres y los hijos fueron estrellados contra las paredes, ó pisoteados por los caballos; y como si no bastase esto, se añadieron las calamidades y desgracias producidas por los incendios, cometiéndose semejantes atrocidades entre los miembros de una misma familia y entre los parientes mas inmediatos. En fin, los magistrados, los sacerdotes, los prelados venerables fueron víctimas de un populacho desenfrenado, que, no contento con haberles quitado la vida, arrastraba por las calles sus entrañas todavía humeantes, y devoraba ó acribillaba á bocados los pedazos palpitantes de sus carnes (1). Era el clero el objeto del mayor encarnizamiento.

42. El baron de Acier-Crussol, uno de los gefes mas illustres de la secta, enarboló en el Languedoc y en el Delfinado una bandera, en que se habia pintado

(1) *Thou. t. 10. p. 124.*

una hidra, cuyas cabezas estaban cubiertas con birretas de cardenales, mitras de obispos y capuchas de frailes, y el general en figura de Hércules acababa con todas ellas. ¿Y qué efectos produjo el sacrilegio erigido en heroísmo, á vista de tantos millares de fanáticos, y de veinticinco mil combatientes? No se contentaron los sectarios con quemar las iglesias, demoler enteramente los monasterios, y degollar á los eclesiásticos seculares y regulares, y aun á las religiosas, despues de haber saciado en ellas las mas torpes pasiones; sino que llegó la barbarie y la infamia, á lo menos en uno de los principales oficiales, hasta mutilar vergonzosamente á los sacerdotes que habian muerto á sus manos, y formar con sus orejas un collar que llevaba puesto como trofeo.

43. Beaumont, baron de Adretz, á cuyas armas acompañaba casi siempre la victoria, porque era mas temible su barbarie que su valor, desoló el Languedoc, la Auvernia, el Forés, el Leonés, el Delfinado, la Provenza y el país de Aviñon, consternando tambien á la ciudad de Roma, donde por mucho tiempo se creyó que habian de espermentarse sus furores en aquella capital del mundo cristiano. Mataba, quemaba y saqueaba con una inhumanidad que estremecía á sus mismos oficiales. Despues de una horrible carniceria, en que perecieron millares de católicos, obligó á sus dos hijos á bañarse en la sangre de aquellas desgraciadas víctimas, á fin de sofocar en su corazon la primera semilla de humanidad. Su solo aspecto, sus miradas feroces, su nariz recorvada, y

su cara descarnada y señalada con manchas de sangre negra, como se pinta á Sila, inspiraban terror á los mas intrépidos. Donde acabó de manifestarse su carácter atróz, fue en la bárbara diversion que tuvo en las rocas de Mornas, cerca del Ródano, y despues en Montbrisson, ciudad de la provincia de Forés. Habiéndose apoderado de aquellos puestos, se divertia despues de comer en ver saltar uno tras otro á los soldados y oficiales de la guarnicion católica desde lo alto de las peñas, ó desde las azoteas de las torres, hasta el foso, donde los recibian sus tropas encima de las picas. Desmintió sin embargo su carácter en una de estas ocasiones, y experimentó por primera vez los efectos de la compasion. Uno de aquellos infelices se detuvo dos veces á la orilla del precipicio, cuando iba á tirarse abajo: „cobarde (le dijo Adretz), ya has vuelto atrás dos veces. Pues yo apuesto, bravo general (replicó el soldado), á que no os arrojaís vos ni á la décima investida.” Agradó al tirano esta magnanimidad en una situacion tan crítica, y fue causa de que perdonase la vida al proscrito.

44. En el partido católico se mostró Blas de Montluc émulo de las crueldades de Beaumont. Habiendo ascendido desde la clase de soldado raso hasta la dignidad de mariscal de Francia, pasando por todos los grados de la milicia, fue el azote de los calvinistas en la Guiena y en las provincias inmediatas. Todos los sectarios que caian en sus manos iban á la horca ó á la rueda, y eran atormentados del modo mas

cruel. Le acompañaban tan frecuentemente dos verdugos famosos, que se les dió el nombre de lacayos de Montluc, como lo refiere él mismo gloriándose de esta hazaña. „Enseñaba á sus hijos (dice Brantome como por notoriedad pública) á bañarse en la sangre de los hugonotes, y se vió en la mortandad del día de San Bartolomé, cuán dócil habia sido á sus lecciones su hijo primogénito (1).” Un Príncipe de la sangre, Luis de Borbon, duque de Monpensier, hablaba tambien de ahorcar y enrodar. Cuando le presentaban algun prisionero, le decia desde luego si era hombre: „¿con que sois hugonote, amigo mio? Pues yo os encomiendo al padre Babelot.” Este era un franciscano encargado de acompañar á los delinquentes al patíbulo. Si era una muger de algun mérito personal, la abandonaba á cualquier oficial disoluto, con ofensa de la religion, al mismo tiempo que fingia pelear por los altares. No solamente los gefes, sino tambien los caballeros particulares de ambos partidos, convertian en prisiones sus casas de campo, y en verdugos sus criados; quienes, no satisfechos con burlarse de la vida de los hombres, añadian al suplicio los tormentos mas atroces, y á los tormentos el dolor aun mas cruel de la mofa y del escarnio.

45. Hallándose el egército real con bastantes fuerzas en el país de Loira, opinaron los generales acometer á Orleans, con el fin de concluir la guerra cogiendo al Príncipe de Condé y al almirante de Coligny, encerrados en aquella plaza. Mas no se

(1) Brant. t. 3. p. 313.

conformaba esto con la política de la Reina madre, que no veia ya ningun contrapeso que pudiese oponerse á la autoridad de los triunviros, destruido el partido calvinista. Por lo mismo exageró, segun dicen, la dificultad de la empresa, y la necesidad urgente de acudir contra los ingleses á Normandía, adonde en efecto pasó el egército para sitiarse á Roan. Tomaron la ciudad por asalto, y padeció tres dias consecutivos todos los horrores propios de semejantes victorias, cuando se empuñan las armas en defensa de los altares. Mas el Rey de Navarra, enteramente adicto al partido católico desde que habia vuelto á entrar en él, recibió una herida, de cuyas resultas pereció al cabo de un mes. Habíase mostrado el enemigo mas irreconciliable del calvinismo en el discurso de aquella guerra, y, por mas que digan, no se puede negar que murió como católico romano.

46. Verificóse la conquista de Roan el día 26 de Octubre; y el 19 de Diciembre se dió la batalla de Dreux, despues de haber pedido permiso á la Reina los triunviros. El egército calvinista, que habia padecido mucho en campo raso, mientras las tropas del Rey se fortificaban en las ciudades, se hallaba en muy mal estado. Catalina, que no queria la ruina de este partido, y que veia que se la consultaba, aunque por mera formalidad, se volvió con indiferencia á una criada, y la dijo: „¿no te parece que anda bien el negocio, cuando se pide consejo á las mugeres para dar batalla?” Estuvieron mucho tiempo avistándose los dos egércitos en una inaccion absoluta, y sin

dar la menor refriega. Cada partido veia á su vez en el partido enemigo compatriotas, antiguos camaradas, amigos y parientes cercanos, y todos reflexionaban que dentro de una hora habian de matarse unos á otros. Mas rota una vez esta barrera, pelearon con el mayor encarnizamiento por espacio de siete horas seguidas, y con grandes vicisitudes por una y otra parte. El duque de Guisa no tenia ningun mando en este ejército, ni mas grado militar que el de capitán del cuerpo de caballería llamado *gendarmes*. Hallábase subordinado á los mariscales de campo, bien que por la superioridad de su talento venia á ser el general de sus generales, y dejó que se encarnizasen los enemigos. Cuando los vió desordenados se arrojó sobre ellos, y los derrotó en un momento.

47. Por una parte quedó prisionero el Príncipe de Condé, y por otra el condestable. Perdió la vida el mariscal de San Andrés, de suerte que todo el poder del triunvirato se concretó en el Príncipe de Lorena; y la Reina, mas seducida que nunca por su falsa política, vióse reducida á nombrarle comandante general de los ejércitos del Rey. Guisa, triunfante en la corte, estaba lleno de modestia con los simples particulares, y aun con sus mismos enemigos. Trató al Príncipe de Condé, su prisionero, con todos los honores debidos á su nacimiento, y con tanta cordialidad como si nunca hubieran dejado de ser amigos. Parecia que solo se acordaban de los felices tiempos de su amistad, y mostraron en su conversacion y en su conducta no menos franqueza que

confianza. Comieron juntos el mismo dia de la batalla, y durmieron en una misma cama. Al otro dia dijo Condé que no habia podido cerrar los ojos; pero Guisa durmió tan profundamente como si hubieran sido los mas íntimos amigos. ¡Ejemplo memorable, que debe llenar de confusion á aquellos hombres viles, que, habiendo disfrutado las dulzuras de la amistad, no se detienen, cuando lo exige su interés y conveniencia, en calumniar y maltratar de cuantos modos pueden á los que incautamente depositaron en ellos su confianza!

Aumentóse en tanto grado el poder del duque despues de la batalla de Dreux, que escribiéndole el condestable, le daba el tratamiento de *Monseñor*, y se firmaba: *vuestro muy humilde y muy obediente servidor*; al mismo tiempo que le escribia el duque, diciéndole: *señor condestable*, y abajo, *vuestro buen amigo*. No duró mucho esta elevacion.

48. A principios del año siguiente 1563, resolvieron el sitio de Orleans, y fue asesinado aquel héroe á 18 de Febrero por Juan Poltrot de Meré, caballero hugonote, quien le sorprendió, y le tiró un pistoletazo con balas envenenadas. Prendieron al asesino, y varió en sus declaraciones acerca de diferentes personajes de la secta; pero habiéndole atormentado hasta quitarle la vida, no cesó de culpar al almirante de Coligny, que nunca se lavó de esta mancha; antes bien se aumentó la sospecha con la recriminacion imprudente de algunos autores calvinistas, que acusan al duque, sin ninguna prueba, de haber intentado

por dos veces el asesinato del almirante. ¡Baja perfidia, que no se conforma con los sentimientos de aquella alma generosa; pues habiéndole presentado el reo, y gloriándose éste de un asesinato cometido en defensa de su religion, le dirigió Guisa estas palabras memorables: „tu religion te ha movido á quitarme la vida, y la mia me inclina á perdonarte.” No desmintió esta magnanimidad en aquel momento en que se manifiesta toda el alma como es en sí. Antes de espirar no mostró el duque de Guisa deseo de venganza, ni sentimiento porque perdía la vida. No profirió ni una sola queja contra su asesino ni contra aquellos que le habian puesto las armas en la mano. Llamó á su esposa y á su hijo primogénito, y les rogó encarecidamente que no se dejasen llevar de la ambicion ni de la violencia. Parece que preveía ya los excesos á que habia de abandonarse aquel jóven, de los que es probable que le habria preservado si hubiese vivido mas tiempo. No pensó ya en otra cosa despues de esto sino en la Religion, recibiendo los sacramentos con la firmeza de un héroe y con la piedad de un perfecto cristiano. Sus últimas palabras fueron dirigidas á la Reina madre en favor de la paz.

Han escrito un elógio del duque, no menos justo que enérgico, con estas cuatro palabras: *Francisco de Guisa, héroe amante del estado y de la Religion*. Sin embargo, como no podemos negar que aspiraba á dominar, se ha disputado sobre si aspiraba al mando para sostener el estado, ó si sostenía el estado y la Religion para acrecentar su poder. Lo cierto es que

la Francia esperimó una pérdida irreparable en la muerte de un Príncipe dotado de las virtudes militares y populares en grado eminente, de gran prudencia en sus designios, de mucho vigor para la egecucion, y de un genio tan á propósito para el consejo y aun para la política de la corte, como para las expediciones de guerra. Era principalmente necesario al reino mientras gobernaba Catalina de Médicis, pues con su energía estimulaba la pusilanimidad de esta Reina, y con su celeridad evitaba sus mudanzas. Pero la mayor desgracia que resultó de su muerte prematura fue, que amando verdaderamente al estado y á la Religion, hubiera bastado su presencia para contener á su hijo, y no se habrian esperimó las grandes desgracias que affligieron á la Francia con motivo de aquella catástrofe.

49. Muerto el duque, todo fue inaccion en Orleans, y no tardaron en suspenderse todas las operaciones del consejo: las pérdidas y desastres del reino fijaron la atencion de los ciudadanos. Estaban agotadas las rentas, destruido el comercio, y las tierras incultas. En una guerra, breve á la verdad, pero en la que todo hombre era soldado, el artesano no hallaba seguridad en su taller, y cansados los labradores de que los robasen, se entregaron ellos tambien al robo, ofreciendo toda la Francia el aspecto horroroso de la desolacion. Valióse la Reina madre de su talento para reconciliar los ánimos, y no perdonó caricias, promesas, lenguaje de cordialidad y testimonios de franqueza con el Príncipe de Condé, que

se hallaba prisionero en la corte. Logró por último que firmase una paz, que, según se explicó el almirante, irritado luego que recibió la primera noticia de ella, hacia más daño á la secta que el que pudiera recibir de las fuerzas enemigas en el espacio de diez años. Para tranquilizar á los sectarios se publicó el edicto de Amboise, que concedía muchas prerogativas á los hugonotes, cuyo edicto ofendió tanto á todos los católicos, que fue necesario expedir otro con aclaraciones del primero. Contra las pretensiones de muchos beneficiados y aun de varios obispos inficionados con la heregía, cuyas prácticas querían introducir en sus iglesias, se exceptuaron todos los territorios pertenecientes al clero del número de los lugares en que podían predicar los protestantes. Añadieron otras muchas restricciones que limitaban considerablemente la libertad de los sectarios. Mas ninguna cosa pareció más intolerable á aquella gerarquía libertina, compuesta casi toda de clérigos y frailes apóstatas, que la orden general comunicada á los religiosos y religiosas para que rompiesen sus matrimonios sacrílegos, y tornasen á entrar en los claustros, ó saliesen del reino. No podía esperarse una paz duradera con estas semillas de descontento; mas se evitaba un peligro momentáneo, que era á cuanto alcanzaba la penetración de Catalina de Médicis. Sin embargo, juzgó que el concilio general hallaría medios para contener á los sectarios y para sosegar las turbulencias de la cristiandad; y la corte nombró los embajadores que debían asistir á él por su parte. Dieron esta comisión

importante á Saint-Gelais, señor de Lausac, á Arnaldo Ferrier, sábio jurisconsulto y presidente del parlamento de París, y á Guido Faur de Pibrac, presidente del parlamento de Tolosa, donde había adquirido gran reputación de elocuencia. Luego que volvió de Trento, fue nombrado abogado general del parlamento de París á instancia del canciller.

50. Desde la sesión diez y ocho, en que no ocurrió cosa particular, como tampoco en la anterior, se había trabajado con mucha diligencia en varias congregaciones para ilustrar las materias que debían decidirse en la sesión diez y nueve, á 14 de Mayo de 1562. Conociendo los embajadores de Francia que era imposible llegar á Trento para aquel día, escribió el señor de Lausac, que era el principal de ellos, al cardenal de Mantua, primer legado del concilio, pidiendo alguna próroga en favor de una nación, en la que solo se habían detenido los prelados por el peligro inminente á que hubieran quedado espuestos sus rebaños, si los hubiesen abandonado de pronto. Se propusieron algunas dificultades contra esta petición tan justa, y no faltó quien llegó á dudar si era lícito á los padres alterar el día de una sesión señalada solemnemente. A fin de que no ofreciese ningún obstáculo, se celebró la sesión en el día señalado; pero fue solo para prorogarla, por medio de un decreto formal, hasta el día 4 del mes siguiente. Sucedió lo mismo en la sesión veinte, prorogada también hasta el 16 de Julio, aunque asistieron á ella los embajadores y algunos prelados franceses. Mas difirieronla